



"...donde toda incomodidad tiene su asiento
y donde todo triste ruido hace su habitación..."
Miguel de Cervantes

JORGE OROZCO AGUIRRE

En la penumbra de esta pequeña bodega, húmeda y recóndita, me hallo enclaustrado, como ya se ha hecho hábito en los últimos años, y quisiera reflexionar a manera de soliloquio, con el cándido anhelo de hallar eco en algunos sordos y, por ahora, mudos testigos que comparten mi aposento... A mi izquierda se halla un enorme órgano eléctrico, un clavecín deteriorado y una variedad de instrumentos de percusión: campanas tubulares, un xilófono, una marimba..., y, al fondo —justo al extremo de mi "cola"—, timbales, tambores, panderos, bongoes, atriles y sillas apiladas, además de un viejo y afónico contra-fagot al amparo de su estuche enmohecido.

Esta soledad momentánea, aunque crónica, se debe a la ausencia de mi hermano; su presencia fue requerida en la gran sala del teatro, donde lucirá su esplendor presencial y sonoro al haber sido antepuesto, una vez más, por el solista de la orquesta sinfónica de esta semana.

Es importante mencionar que, tanto mi hermano como yo, hemos sido elementos fundamentales para el virtuosismo de grandes pianistas de renombre internacional, como el español Joaquín Achúcarro; el orgullo de México ante el mundo, Jorge Federico Osorio; la extraordinaria pianista polaco-mexicana, Eva María Zuk, amén de aquella única e inolvidable visita del sorprendente prodigio ruso, Evgeny Kissin, y muchos más... Los dos hemos desempeñado un gran

papel con todos ellos y, modestia aparte, a ninguno hemos defraudado... Al menos no durante nuestros primeros años..., porque ahora, —y duele expresarlo—, desde los últimos tres lustros [¿o tal vez más?], mi hermano ha sido el "predilecto", y yo..., bueno..., yo estoy, como se dice en la jerga deportiva, "relegado a la banca".

Cuando nosotros..., [—¡Sshhh!..., ...a pesar de estar cerrada la puerta, puede oírse muy bien desde aquí... ¡Silencio!... Ah..., Mozart... el Concierto 25 en Do Mayor... Qué impecable articulación y delicadeza en el fraseo... Claro, es mi hermano, dando lo mejor de sí, con el solista de esta noche...]

En fin..., decía..., mi hermano y yo arribamos a esta ciudad procedentes de Hamburgo, Alemania, hace más de veinte años. ¿Nuestra misión?, servir con la calidad y el prestigio centenario que respalda el nombre de la gran familia *Steinway & Sons*. En efecto, somos dos pianos de concierto, o "de cola", como se nos identifica.

El mismo día de nuestra llegada nos transportaron a este teatro recién inaugurado. Fuimos desembalados y, con diligencia y esmero, se ensamblaron cada una de nuestras partes, para luego montarnos sobre rodillos y movernos con facilidad y sin riesgo dentro de las instalaciones del nuevo auditorio.

Un afinador experto ajustó y templó cada una de las 224 cuerdas, dispuestas en abanico, las cuales son fabricadas con acero duro al carbono, mediante un proceso que permite obtener hilos finos tejidos sobre hilos más gruesos; esta compleja técnica se llama "trefilado". Entre todas las cuerdas se crea una tensión aproximada de quince a veinte toneladas sobre un enorme bastidor, conocido como marco o placa de hierro, recubierto con una capa de bronce que justifica nuestro enorme peso; por ello, cuando quiere hacerse énfasis en la fuerza física de alguien, se dice que "¡aguanta un piano!"

Quisiera subrayar, y no con falso orgullo, que hace más de 150 años esta placa o marco se construía en madera, pero como el aumento de tensión obligaba a insertar refuerzos metálicos, nuestros sabios y ancestros fabricantes de la familia *Steinway* lo construyeron (en 1856) fundido en una sola pieza, ganando con ello una mayor sonoridad y una afinación más consistente, lo cual me lleva a presentarles una parte básica de nuestra maquinaria: el clavijero.

Construido sobre macizas láminas de madera de haya, para resistir una gran fuerza y asegurar la estabilidad de la afinación, el clavijero es la parte donde se insertan, con un ligero declive de 10°, las clavijas: esos pequeños cilindros metálicos en donde se sujetan las cuerdas para ser manipuladas por llaves especiales, de tal manera que cuando cada cuerda es percutida por su respectivo martinete que, a su vez, es impulsado por cada una de las palancas accionadas por cada una de las 88 teclas de marfil, animadas por diez dedos, propulsados por dos brazos, motivados por un espíritu artístico-creador..., es entonces, ¡y sólo entonces!, cuando surge del piano el milagro intangible, sonoro y maravilloso de la música. Pero, claro, para ello se requeriría de la sensibilidad, talento, técnica y virtuosismo de un pianista profesional que, durante miles de horas..., cientos de días..., ¡decenas de años...!, se hubiese consagrado a estudiar con pasión, disciplina e inteligencia ante un piano como yo...

Bueno..., no..., rectifico: yo disto de satisfacer las características necesarias para representar el arquetipo citado, y les diré por qué:

Como todos sabemos, la vida es evolución, movimiento y constante cambio en aras de un progreso ideal; así, en todos los campos de la vida, los seres humanos necesitan mantenerse activos. Un buen vendedor sólo descansará hasta haber logrado la meta de ventas del día; un buen maestro, al practicar la humildad, aprenderá más de sus propios alumnos en la jornada diaria, que estudiando innumerables teorías pedagógicas o participando en improductivas huelgas; un poeta excelso es aquél que, en su afán por pintar el amor, el cielo y el mar con los colores de las palabras, ha arrojado más intentos fallidos al cesto de papeles; un músico virtuoso es el apasionado que, sin darse por vencido, estudia y repite cientos de veces esa complicada frase musical, hasta dominarla a la perfección...

Lo que quiero expresar es que con las cosas sucede lo mismo, ya que una vivienda sin calor humano es una construcción condenada a su demolición; un automóvil, cuyo motor carece del debido mantenimiento y es pocas veces encendido, tiene sus días contados para llegar remolcado a un taller de chatarra. Y cualquier instrumento musical, ignorado y

descuidado, puede sufrir un destino semejante... Mi caso particular no es la excepción.

¿Han oído acaso de algún estudiante de piano que, por no tener instrumento propio, tuviese que recurrir a uno ajeno y, así, verse obligado a limitar sus horas de estudio? Tendría que practicar en horarios irregulares: un día sí y... ¿el otro?, quién sabe... Es lo que llamaríamos "un pianista sin piano" que, al carecer de una práctica constante, estaría viciando su desarrollo musical. Pero, ¿por casualidad han oído de "un piano sin pianista"? ¿Un piano que no haya sido "tocado" con asiduidad, que raras veces se abra —al menos para su mantenimiento y afinación—, ...en pocas palabras, un piano almacenado sin oficio ni beneficio?... Si no es así, les diré que yo soy uno de ellos...

Pero, ¿cómo llegué a esta absurda realidad?

Desde que fuimos escogidos en Hamburgo, ambos, mi hermano y yo, mostramos poseer los mejores estándares en calibración, pulsación y sonoridad, y luego de ser embarcados a este continente, arribamos en excelentes condiciones para cumplir con las más altas exigencias artísticas. Sin embargo, una vez prestos a desquitar el alto costo que avala nuestra calidad, descubrimos que la programación de dos pianistas simultáneos no es lo usual; los pianistas solistas invitados se presentan de uno en uno —semana tras semana— para tocar alguno de los cientos de maravillosos conciertos para piano y orquesta o un recital para piano solo del repertorio de todas las épocas; de esta manera, y antes del primer ensayo, cada solista prueba y escoge —de entre los dos pianos— el que más le favorezca para lograr una ejecución impecable. Durante los primeros años, mi hermano y yo alternamos ante igual número de conciertos y aún llegamos a participar, al alimón, en obras como *El Carnaval de los Animales* de Saint-Saens, que está escrita para dos pianos y orquesta, o el *Concierto para dos pianos* de Poulenc. Sin embargo, al paso del tiempo, las preferencias por mi hermano inclinaron la balanza a su favor, lo que derivó en que recibiera atenciones más constantes, puesto que la actividad sobre él demandada, semana tras semana, así lo requería. Yo, mientras tanto, empezaba a advertir con creciente intensidad un miasma nauseabundo emanado del recurrente confinamiento en este cautiverio.

No sin un toque de resignación, quise templar mis desengaños, y empecé a meditar sobre lo que acostumbra hacerse en otras orquestas y teatros del país para conservar dos pianos en óptimas condiciones.

Aunque con antelación se sabe que el solista invitado para cada concierto no siempre es un pianista, sí es común que se requiera del piano, como instrumento del ensamble orquestal para casi toda la programación de la temporada. Muchas obras sinfónicas indican un piano en la partitura: Los Pinos de Roma, de Respighi, *Los Cuadros para una Exposición*, de Moussorgsky-Ravel, o *Sensemaya*, de Revueltas.

Al tener en cuenta lo anterior, y como nunca he padecido de complejos de soberbia ni aires de petulancia en el ego que justifica mi imponente estampa, quedé conforme con la contingencia de ser utilizado, aunque no fuera durante la parte estelar de la noche; pero, eso sí, feliz de tener la oportunidad de hacer música en cada presentación de la orquesta.

Sin embargo, ¿a quién creen ustedes que nuestra orquesta sinfónica utilizaba para tales ocasiones?... Por desgracia, han acertado: ¡a mi hermano!, ...y por una razón de mucho peso para los fines prácticos del momento, aunque nociva a largo plazo. En los conciertos programados con pianista solista, al ya encontrarse *mein Bruder* sobre el escenario para cumplir con su participación protagónica, resultaba más práctico deslizarlo hacia la parte interna de la orquesta, en vez de retirarlo a esta bodega —con la satisfacción del deber cumplido—, y usar el otro piano [yo] para concluir la velada musical en la segunda parte.

Con el paso de los años, esta acción devino en perjuicio mío y de todos. En cada concierto que operaba la misma dinámica, yo permanecía en la oscuridad sin afinaciones ni mantenimiento y, lo más patético, sin ser utilizado durante semanas, meses, e incluso años, para cumplir con el destino que me fue de origen prometido: para “ser tocado por la mano milagrosa del pianista”; para producir música y alimentar el espíritu de quienes procuran mis bondades... ¡Pero, nunca!..., para ser el hazmereír de algunos instrumentos colegas que, tras bambalinas, me han motejado como “el Elliot Ness de la orquesta”

porque soy “*un intocable*”. ¡Jamás!..., para que se burlen “*a mis astillas*”, al decir que la similitud entre un elefante y yo consiste en que ambos tenemos marfil en la trompa, y —¡el colmo!— que si el elefante es paquidermo, yo soy “*paquiduerma*”...

Así, mis funciones han decaído cada vez más por la falta de uso constante; mi timbre y resonancias han mermado en un paulatino desgaste silencioso..., y hoy, me siento soslayado..., desdeñado..., aunque no podría decir “abandonado”, ya que, de forma esporádica, salgo a la luz, ...mas no a relucir...

En efecto, durante la primera temporada de conciertos del año anterior, se presentó un dúo increíble de pianistas israelíes con el Concierto para dos pianos de Poulenc, y desde entonces (¡Santa Tecla, ...hace un año ya!), yo no había vuelto a salir de mi encierro y desuso. Ahora, este matrimonio musical regresó, y es a ella a quien le correspondió hacer mancuerna para la voz del Piano Secondo conmigo... ¡A ella!, ...que ofrece un promedio de cien conciertos al año... ¡Conmigo..!, ...que desde nuestro último encuentro, estas teclas sólo han jugado a las estatuas de marfil...

El técnico afinador hizo su mejor esfuerzo, con la “mano de gato” que me dio, para disfrazar mi estado de abandono. (*¡Qué ironía, ...un zarpazo de tigre era lo que hacía menester!*).

Al iniciar la semana de ensayos, y desde las notas iniciales del primer movimiento del Concierto para dos pianos en Mi Mayor, de Mendelssohn, las manos expertas y bien entrenadas de la fémina virtuosa se abalanzaban sobre mí, a diestra y siniestra, con su toque magistral y, sin escatimar, derrochaban musicalidad y carácter; mientras, yo, con este mustio teclado, cuyo marfil palidecía aún más ante cada certero lance de acorde..., de escala..., de arpeggio..., buscaba, sin lograrlo, una alineación castrense, tratando de emular a un regimiento al que su estricto coronel está a punto de pasar revista. Dispuesto a darlo todo, hice acopio de lo menos estropeado de mis tiesos martinetes y enmohecida maquinaria para tratar de poner en vibración estas cuerdas enlamadas al nivel de la maestría de tan espléndida ejecutante que esperaba respuestas inmediatas a cada jaque musical que me lanzaba; sin embargo, todo el esfuerzo por sacar la casta del prestigio centenario que represento no bastó, sonaba y resonaba como los

golpes sordos de un tambo de basura que es dejado caer al empedrado luego de verter su contenido... Y así continué toda esa semana: como un ente miserable que derrama con vulgaridad y cinismo lo peor de sí ante todos. Sentí pena por Mendelssohn; deshonra por el nombre de la familia Steinway —¡mi familia!—; pudor ante mi fraternal piano; rubor ante los solistas; bochorno por los músicos de la orquesta y su director; y, finalmente, abatimiento ante el público que esperaba oír música de calidad en aquella velada...

Durante toda la noche no pude cerrar las tapas. Deprimido, pensé que mis semejanzas con el proboscidio citado eran ahora más fuertes y obvias; porque si un paquidermo tiene cuatro patas, pues, ahora, yo también: las tres que ya conocen, más la de reciente introducción.

Es triste decirlo, pero ya poco falta para transformarme en elefante... Sí, en un elefante blanco, abatido y oneroso..., pintado de negro...

Es el caso que he llegado a un punto crucial de mi desgraciada existencia: si esta situación continúa, no faltará mucho para quedar inservible. Desde el principio, por una mala decisión burocrática, aunque bien intencionada, fuimos "privilegiados" con la excesiva consideración de que sólo "manos dignas" pudieran posarse sobre nuestros teclados; y, ahora, puedo vislumbrarme como un piano de utilería que no merece la consideración de llegar a ser pulsado por tan "dignas manos".

La sola idea de ser aporreado por manos insensibles es, como para cualquier otro pianoforte en el mundo, inaceptable; sin embargo, en el intento por guardarme de ese martirio, terminé como la víctima de dos manos invisibles y destructoras: el olvido y la indiferencia.

En todo el mundo existen pianos que portan mi nombre con dignidad —¡aun después de más de setenta años de trabajo!—; sin embargo, funcionan como uno de diez porque reciben mantenimiento continuo y son usados con juicio y sabiduría. Yo, en cambio, con apenas poco más de cuatro lustros, ya cargo los síntomas de un anciano artrítico, reumático e impedido. A pesar de todo, siento que aún estoy a tiempo de mostrar el buen temple de mi hechura y que debo lanzar un grito disonante de auxilio desesperado desde lo más profundo de mi coraza sonora para aquellos poseedores de oído sensible y consciencia proactiva...

¡Me urgen mantenimiento y atenciones!..., y, sobre todo, ¡demando con desesperación el uso de los beneficios que ofrezco para recrear música y hacer vibrar el alma desde los claroscuros de este teclado...! Tengo hambre de escalas, arpeggios, acordes, estudios, polonesas, preludios, baladas, fugas, valsos... No muy lejos de esta bodega, a tan sólo unos pasos, hay una escuela de música a la que asisten estudiantes de piano de muy buen nivel que, estoy seguro, sabrán apreciar, cuidar y respetar a un piano tan valioso como yo y que estarán más que felices de visitarme o,

mejor aún —¿por qué no?—, de permitir que yo los visite, para que juntos logremos el milagro de la música durante las varias temporadas en que no soy necesario para la orquesta.

Las autoridades responsables de la institución a la que pertenezco sabrán administrar un horario cotidiano para que alumnos destacados y/o maestros con ánimo y espíritu entusiasta se acerquen a mí. Sé que al principio no seré de su total agrado, tanto en la respuesta esperada, como en el sonido resultante, pero, "pian pianito", mejoraré esta condición y ayudaré a forjar la calidad y técnica de cada uno.

¿Soy un piano de cola?... ¿Soy un piano de concierto?... ¿Soy un instrumento musical demasiado valioso y necesario?...

¡No permitan que muera por desidia y abandono!

Monterrey, Nuevo León, a 7 de mayo de 2012.

